

Entre Pío Marcha y un Futuro Emperador

Alejandra L. Oliva

-Adelante, por favor.

Asentí y crucé la altísima puerta que me llevaría al estudio del general Iturbide. La oscuridad detrás del ventanal me inquietó. ¿Tan tarde era ya? Con disimulo leí el reloj que adornaba una de las paredes y no pude evitar sentirme nervioso al saber que pronto serían las once de la noche. Cené con tanto gusto y tranquilidad que sin darme cuenta pasaron cuatro horas desde mi llegada.

Siempre disfrutaba las veladas con el general pero esperaba que aquella no durara demasiado. Temía que me invitara a participar en un juego de cartas y me sabía tan imposibilitado de negarme como de vencerle.

No estaba en mis planes regresar a casa sin dinero.

Me ofreció asiento en un angosto sofá mientras él arrastraba una silla para quedar frente a mí.

-Bien. Ha insistido en que tiene que retirarse temprano así que... usted dirá.- Sonrió y yo le imité.

-Mi querido general, mi Generalísimo.- Inicié, aguantándome las ganas de tomar sus manos entre las mías y apretarlas con fuerza. -Qué feliz estoy de saber que finalmente tomará el lugar que le corresponde. No hay nadie más merecedor de este honor que usted. Tenga por seguro que yo estaré siempre a su lado para ayudarle a construir el nuevo imperio.

El general dejó escapar una suave risa mientras miraba a través de la ventana.

-¡Mi querido amigo! ¡Pero si el imperio ya existe! ¡Lo sé porque yo mismo ayudé a crearlo! Ahora es cuestión de administrarlo y protegerlo. Sólo eso.

-Aún así quiero que sepa que cuenta conmigo.

-Lo sé. Eso lo sé.- Por un instante me concedió una mirada. Con eso tuve para saciarme del azul de sus ojos y emocionarme aún más. -Y créame que sus atenciones para conmigo nunca serán olvidadas.

¡Y por supuesto que lo creía!

Si por algo andaba yo diciendo todas esas cosas. Él tampoco era estúpido. Sabía bien que el motivo de mi visita no era ofrecerle mi fidelidad sino recordarle la que yo anteriormente le dediqué.

Específicamente la de la noche del 18 de mayo en la que mis soldados y yo iniciamos un clamor que se alzó tan alto que ni siquiera los republicanos se atrevieron a callar.

Viva Agustín Primero, emperador de México.

-Le estaré eternamente agradecido por su amistad.- Insistió. –El peso de la corona es grande pero sé que con la ayuda de usted y de sus compañeros se hará más liviana.

De repente se incorporó, abriendo bien los ojos y cubriéndose la boca con consternación. Yo di un respingo y miré hacia atrás, temiendo que algo malo hubiese pasado.

-¡Disculpe usted!- Exclamó. –No le ofrecí nada de tomar.

-No, gracias. Tengo que irme temprano.- Recordé.

-¿Ni un chocolate caliente? La noche ha refrescado. Seguramente lloverá antes del amanecer.- Un escalofrío recorrió mi espalda y el general tuvo a mal de notarlo. Afortunadamente no se molestó. Sólo desvió su mirada hacia el suelo y sonrió con sorna. –Caramba, de haber sabido que tanta gente me rechazaría un inocente chocolatito, hubiera despedido al buen padre Luna con brandy.

El comentario me dio gracia. Todos nos sabíamos la historia del padre Luna: insurgente que tras ser capturado fue enviado ante su amigo de la infancia, Iturbide. Éste le ofreció su ayuda y una taza de chocolate caliente. El padre, infinitamente agradecido por el indulto, le contó todo lo que sabía de la rebelión. Una vez que terminó de confesarse, Iturbide le preguntó si había disfrutado del chocolate y de su trato.

-Eres tan caballeroso amigo como indulgente militar.- Le respondió el ingenuo sacerdote. –En cuanto al chocolatito, me supo exquisito. Es bueno pero ofrecido por ti es más sabroso.

¿La respuesta del general?

-Más sabrosa te sabrá la muerte que te espera. Ahora vas a ver cómo trata Iturbide a los enemigos del rey. Disponte a morir dentro de dos horas.

De eso era mucho tiempo ya. Tanto así que el defensor del rey sería pronto el primer emperador de la América Septentrional. El carácter violento y sanguinario del general no me preocupaba demasiado. La guerra nos obliga a cometer actos de extrema crueldad y nos convence de que están justificados. A veces, incluso, de que son emocionantes.

-El brandy hubiese sido una buena opción.- Señalé. -Así se hubiera ido más tranquilo.

-Lo pensé, ¿sabe? Pero un insurgente no merecía irse con tranquilidad.- El tono de su voz cambió radicalmente. Ya no hablaba el gentil Generalísimo. Ahora era el Coronel Iturbide, realista empedernido y azote de los independentistas. -Esa manada de rebeldes no sirvieron sino para robar y asesinar. ¡Bien sabía yo que no debía de unirme a las filas de Hidalgo! Porque me lo propuso alguna vez, ¿lo sabía? Pero yo me negué porque sabía que su lucha no iría a ningún lado. Él buscaba libertad pero no sabía nada sobre cómo

organizar una armada y mucho menos una nación. ¡De todos ellos, el único que sabía lo que hacía era Guerrero! También era al que menos escuchaban.

-Por eso decidió unirse a usted, Generalísimo.

Él gruñó y me lanzó una mirada desafiante. No supe qué de mis palabras le molestó hasta que volvió a hablar.

-¡Eso nunca! Guerrero no se unió a mí. Fui yo el que se unió a su causa. Él buscaba la independencia desde antes de que yo la creyese posible. Pero ya ve usted. A final de cuentas fue posible.

-Pero sólo porque usted así lo quiso. ¿O no logró en un año lo que los insurgentes llevaban intentando por nueve?

-Habla como si hubiese sido cosa mía nada más. Si lo dice para adularme se lo agradezco pero si lo dice con sinceridad habré de reprocharlo. Fue la unión la que nos dio la fuerza. Es por eso que es tan importante en este nuevo imperio.- Continuó con excesiva solemnidad. -Sólo unida la América Septentrional se hará invencible.

La falsa modestia del Generalísimo me agradó. Una suave sonrisa en sus labios me convenció de que él también disfrutaba de su acto.

-Sé que con la guía de nuestro Señor convertirá a América en la nación más grande de todas.

-¡Naturalmente!- Concordó, recordando apenas que existía un Dios. -Así Él me ayude y me guarde. Esperemos también que guarde al imperio que tan joven es y que tantos enemigos tiene.

-Ah, ¿lo dice usted por Servando Mier?- Pronuncié el nombre con tono burlón pues el fraile insistía que sólo le llamasen de esa forma. Republicano como era, aborrecía cualquier título que sonara a nobiliario e incluso rechazaba el título de *don*. Para ser un hombre de Dios, Mier era extravagantemente sencillo. -No debería de tomarse sus amenazas tan en serio. Le garantizo que es totalmente inofensivo.

El general entrecerró los ojos, pensativo. Exhaló sonoramente e inclinó su cabeza hacia la izquierda.

-El fraile es el que menos me preocupa.

-¿Entonces?

-Santa Anna.

-¿El Libertador de Veracruz?- La idea me pareció tan absurda que una risilla salió de mis labios. -Él ya le ha enviado sus bendiciones. No importa si se trata de un imperio o de una república, él le será fiel mientras mantenga su poder.

-Si sólo quisiese mantener su poder no me molestaría pero temo que sus ambiciones van más allá. ¿Puede usted creer que está pretendiendo a mi hermana Nicolasa? ¡A mi hermana que es treinta años mayor que él! ¿Cuándo ha visto usted semejante cinismo? Su opinión cambia como la marea y sus palabras infectan como la peste. Marque mis palabras, sargento. Santa Anna es peligroso. Tendremos que observarlo muy de cerca.

Me preocupó el turbado rostro del general. Verdaderamente le temía a Santa Anna. Sabía que no le inquietaba el que tomase su lugar como emperador. A él poco le importaban los títulos siempre y cuando pudiese servir a la nación (aunque, claro, una corona siempre es mejor que una medalla). Si llegó a donde estaba era porque sabía, al igual que todos nosotros, que sólo él podía enderezar las cosas después de diez años de guerrillas. Sólo él era lo suficientemente inteligente y lo suficientemente ambicioso.

Supuse que por eso mismo le temía al veracruzano: dudaba de su capacidad como líder del mismo modo en el que dudó de los insurgentes. ¡Si Hidalgo hubiese tenido el mínimo conocimiento militar! ¡Si Guerrero hubiese tenido ansias de ser el único jefe de la rebelión! ¿Cuánta sangre no se hubiera ahorrado el imperio?

Hubo un silencio que yo aproveché para leer nuevamente el reloj. Eran las once y media. Me disculpé con el general y le dije que mi despedida no podía retrasarse por más tiempo.

-Es una pena. Confiaba en que pudiéramos jugar una partida de cartas antes de que se fuera.

Le aseguré que podríamos jugar en otra ocasión pero yo mismo me di cuenta de que eso sería prácticamente imposible.

-La próxima vez que le vea, usted será el Emperador de México.

-Eso no cambiará nuestra amistad ni la deuda que tengo para con usted. Se lo prometo. Por favor váyase con cuidado. Lloverá de un momento a otro.

Le agradecí por la cena, me despedí nuevamente y salí de la habitación.

Mientras bajaba por las escaleras hacia el recibidor, metí la mano derecha al bolsillo de mi pantalón.

No sólo volvería a casa con todo mi dinero. También lo haría con una promesa del futuro emperador.